



CESAR TIEMPO

BOEDO y nuestra literatura social



Boedo, cerca de Chiclana

¿Cuándo habría de imaginar Mariano Boedo, el salteño inflamado y almacigado, representante de su provincia natal en el Congreso de Tucumán, que su apellido serviría, a más de un siglo de distancia, de estandarte a un movimiento literario? Porque hubo un tiempo en que el meridiano de la literatura nacional pasó por Boedo.

¿Qué es precisamente Boedo? Una calle y un barrio. Una calle que nace en Almagro y termina en las inmediaciones del Parque de los Patricios. Y un barrio que crece y se ramifica sin tregua. De pronto, mediante no sabemos qué misteriosos ardidés, aparece en Avellaneda, en Lanús, en Lomas de Zamora, después de haber cruzado el combés de hierro y cal hidráulica del puente Valentín Alsina que permite a la provincia codearse con la ciudad. Pero, además de ser una calle y un barrio, Boedo fue una divisa.

Toda capital, dijo alguna vez Balzac, tiene su poema en que se exprese, en que se resume, en que es más particularmente ella misma. Boedo fue ese poema. Conflagrado de clamores e impaciencias, impetuoso, tumultuoso, ardido, rebelde, intemperante, pero encendido de humana y y celosa poesía. De haberse comprendido mejor a sí mismo, de haber prolongado y renovado las inquietudes y los deseos de superación de su época, de no haber ahuyentado a los soñadores, Boedo habría sido a Buenos Aires lo que Saint-Germain-des-Prés a París, cuando St. Germain no era el ultramontano, burgués y apacible

sixième arrondissement. Es evidente, sin embargo, que la barriada porteña —protagonista de uno de los mejores tangos de Julio De Caro— no puede estar colmada de los recuerdos revolucionarios y artísticos del *quartier* parisense en el que vivió y murió asesinado Marat, en el que escribía sus brulotes Camilo Desmoulins, en el que tuvieron sus talleres los pintores Courbet y Delacroix, su refugio el comediante Mounet-Sully, una de las grandes pasiones de Sarah Bernhardt, y la imprenta que le dio tantos dolores de cabeza a Honorato de Balzac. Y en una de cuyas calles —la de Beaux Arts, número 13— se extinguió la existencia latitudinaria de Oscar Wilde. Allí podemos encontrar hoy la sede del Sindicato de Libreros, los despachos de los anticuarios más importantes de Francia y el café de "Deux Magots", hasta no hace mucho cuartel general de la nueva literatura. Pero Boedo también tuvo lo suyo.

Por allí pasó Darwin, el famoso naturalista, rumbo a los mataderos de Nueva Pompeya, y pasaron prohombres y ex-hombres de la política local, ases del fútbol, glorias del teatro, cantores, payadores y pendolistas, rumbo a los mataderos de la inmortalidad. En Boedo tuvo su almandaracha José González Castillo, el dramaturgo de *La mujer de Ulises*, el adaptador escénico de *Martín Fierro*, el sainetero de *El retrato del pibe*, *Entre bueyes no hay cornadas* y *Los dientes del perro*, el padre de Gemma y Cátulo Castillo; en Boedo

floreció esa pléyade de poetas bohemios que no pudo romper las murallas invisibles del barrio, y dejó una obra ingenua y contingente sembrada en las revistas locales; en Boedo nació a la poesía Homero Manzi a quien alcanzamos a conocer con su uniforme de conscripto o antes quizá, cuando se atrevió a llevar a la Facultad de Derecho, de la que era alumno, al poeta Alberto Hidalgo quien pronunció una conferencia metiéndose con medio mundo, incluso los profesores de la casa y provocando algunos desmayos entre las oyentes; en los escenarios de Boedo afilaron sus armas no pocas figuras torales de la escena criolla. Sus nombres y sus hechos deben estar consignados en un libro que dejó inédito uno de los más eruditos historiadores del barrio, Alberto P. Cortazzo. Nosotros vamos a referirnos aquí al grupo literario de Boedo, llamado así en oposición el grupo literario de Florida.

¿Por qué precisamente de Boedo? Ninguno de sus integrantes vivía en la calle epónima. Ni siquiera en las inmediaciones. El director de la revista que daría nacimiento a la empresa editora, llamada a difundir la labor de los conmlitonas, se domiciliaba en Wilde, un pueblito de la línea del Ferrocarril Roca. Su *Deus ex-machina*, Elías Castelnuovo, era inquilino de un zaquizemí enclavado a cinco pisos sobre el nivel de la calle Sadi Carnot, a pocos pasos de Rivadavia. Setenta y tres escalones —dos menos que los de la Torre de Pisa— que subimos una noche del

BOEDO y nuestra literatura social

año 1924 con Luis Emilio Soto y Alvaro Yunque para echar las bases de la inminente "Claridad", hasta entonces pomposamente denominada "Los Pensadores". Yunque y Castelnuovo no se conocían personalmente. Yo los presenté. Tampoco yo era precisamente de Boedo, sino vecino de Yunque que compartía con su madre y sus hermanos un antiguo caserón de la calle Estados Unidos 1824 en cuyos alrededores residían Juan B. Justo, el fundador del Partido Socialista —todavía lo estamos viendo—, el poeta Ernesto Morales, el broadcaster Jaime Yanquelevich y el vate Dante A. Linyera. Gustavo Riccio, otro de los corifeos, vivía en la calle Rivadavia 2014; Roberto Mariani, en la Boca, cerca de la casa de Pedro Juan Vignale, uno de los primeros feligreses de Boedo y de los primeros tráfugas también. (Vignale publicó algunos libros memorables de auténtica y celosa poesía, ejerció con autoidad el periodismo y la cátedra, fue Embajador de la República en Bolivia, Colombia y Venezuela y hoy calla inexplicablemente, mejor dicho no publica, que no es lo mismo). Luis Emilio Soto, actualmente en Michigan donde enseña literatura iberoamericana, vivía entonces en la calle 15 de Noviembre 1715 y José Salas Subiret en un taller de afiliación instalado en la esquina de Garay y Solís. Aristóbulo Echegaray era huésped de una casa de pensión de la calle Bernardo de Irigoyen. Santiago Ganduglia, el poeta de **Antigüedad de los Andes** y actual Presidente del Círculo de la Prensa residía en la calle Catamarca, cerca de Parque Patricios, Enrique Amorin, el narrador de **Tangarupá** y **Las Quitanderas** se domiciliaba en Montevideo, después pasó al Salto, Abel Rodríguez, el autor de **Los Bestias**, en Rosario de Santa Fe, Juan I. Lendoya en La Plata, Antonio Alejandro Gil, el poeta de **Cielo de aljibe**, en la calle Santiago del Estero, cerca de Plaza Constitución y José Sebastián Tallon, en la calle Brasil 1388. Leónidas Barletta daba como domicilio las señas de un tío suyo afincado en Villa del Parque, Nicolás Olivari era vecino de don Manuel Gleizer, el editor, en Villa Crespo —calle Canning para ser más exactos—, y Lorenzo Stanchina reside hasta hoy en Villa Devoto. Estoy nombrando a los boedistas de la primera época, de las etapas fundamentales. Estos no sólo no eran vecinos de Boedo, como acabo de señalar, ni siquiera se reunían en alguno de los innumerables cafés de la misma calle.

Por otra parte conviene recordar que la editorial que luego los prohiaría no nació en Boedo sino en un tabuco de la calle Entre Ríos 126. Más tarde don Lorenzo Raño les concedió un espacio en su imprenta de la calle Independencia Nº 3531 y cuando la revista cambió el nombre de "Los Pensadores" por el de "Claridad", el grupo constituyó su sede definitiva en la calle San José 1641, equidistante de las plazas Garay y Constitución. En Boedo 837 —asiento de la librería de Munner— tuvo su amagatorio nominal la redacción de "Los Pensadores" en sus salidas iniciales, cuando "Los Pensadores" era una publicación destinada exclusivamente a difundir las grandes obras de la literatura clásica y moderna, mucho antes de convertirse en el órgano de combate de aquellos jóvenes a quienes el éxtasis y los sentimientos ciegos del arte por el arte, fueron siempre extraños.

¿De dónde venía, pues, la etiqueta de marras? La intención del marchamero —en quien algunos creyeron reconocer a Enrique González Tuñón, cuya dicacidad era



Alvaro Yunque

inagotable, fue evidentemente burlona. Al subrayar la procedencia de los integrantes del grupo quiso decir que venían de extramuros, de la suburra, de los arrabales del idioma, que pertenecían a lo infimo de la plebe. Lo notable del caso era que el único morador auténtico de Boedo era el mismo González Tuñón, inteligencia en ascuas, que vivía con sus padres y su hermano Raúl en la calle Yapeyú, a dos cuadras escasas de la popular arteria de cuyos cafés era, además, uno de los más empedernidos habitués. Por su parte los de Boedo trataban no menos peyorativamente a sus detractores, agrupados en el periódico "Martin Fierro", en la "Revista Oral", en "Proa", en las tertulias de "El Globo",

Leónidas Barletta



de Hipólito Yrigoyen (entonces Victoria) y Salta, llamándolos **los de Florida**, y transfiriendo al plano literario, quizá sin proponérselo, el duelo histórico de la antigua Roma entre patricios y plebeyos...

Mientras Florida representaba el centro con todas sus ventajas: comodidades, lujo, confort, refinamiento, ocio, señoritismo, etc., etc., Boedo venía a representar —para los de Florida— la periferia, el suburbio con todas sus consecuencias: vulgaridad, sordidez, grosería, limitaciones, miseria, incultura, tristeza de tango, etc., etc. Florida encarnaba la torre criselefantina, Boedo la feria. Florida, la obra, la mano de obra. Para sus impugnadores la literatura de Boedo era ancilar, misoneísta, estarcórea, palurda, verrión, subalterna, inficionada de compromisos políticos y de rusotropía. Y la de Florida, para sus antagonistas, agnésica, paramental, delicuescente, superficial, anfibológica, anárquida, palabreira e inútil. Excesos verbales que correspondían a las naturalezas ricas en fosfatos de los jóvenes beligerantes que se resistían a reconocer afinidades y simpatías, pero cuyo encono no hizo llegar nunca la sangre al río. (El enconamiento se debe siempre a la falta de asepsia). Si hubo escritores contusos, poetas contumeliosos, acomodócratas, desertores e hijos pródigos en ambos bandos, es indiscutible que fue esa generación del 22, polarizada alegóricamente por Boedo y Florida, la que anticipó el renacimiento cultural argentino sacudiendo de su marasmo la vida intelectual del país. Pero vayamos por partes.

Cronológicamente el grupo literario de Boedo apareció antes que el de Florida. El primer número del periódico "Martin Fierro", sale de las prensas de Porter (Entre Ríos 1585) en febrero de 1924; el primero de "Los Pensadores", en febrero de 1922. Conviene aclarar antes de seguir adelante que el nombre de la revista no implicaba un rasgo de petulante autosobvaloración de sus vectores y colaboradores. Se llamó así porque entonces se limitaba, como ya lo señalamos, a publicar en cada número una obra maestra de la literatura universal poniéndola al alcance de los lectores más modestos. El ejemplar se vendía a veinte centavos.

Los pensadores no eran, pues, los muchachos de Boedo sino los maestros del pensamiento popularizados por la revista homónima. El primer número incluía un relato de Anatole France **Crainquebille**, que ya había sido teatralizado por Samuel Eichelbaum y llevado a un escenario porteño por Elías Alippi.

Los fundadores de la publicación fueron Antonio Zamora, un joven periodista de origen español, que cumplía su grumetaje a bordo del diario "La Montaña" y no tardaría en cumplir una descolante carrera política que lo llevó a ocupar una banca en el Senado de la provincia de Buenos Aires, y Daniel C. de Rosa, encargado por ese entonces de la reventa callejera de "Crítica". Un año después, de Rosa se separaba de la empresa y Antonio Zamora se convertía en factotum de la misma, apuntalado por el fervor de un muchacho llamado Gustavo Riccio.

Riccio, nacido en Buenos Aires el 4 de abril de 1900 (tres días antes que Roberto Arlt), poseía una notable cultura general y era dueño de una simpatía afectuosa que sabía dar a los transportes de la poesía y aún de la amistad una cadencia entre nostálgica y desilusionada. Melómano apasionado lector en varios idiomas, se defendía por ese entonces ayudando a su padre en la relojería de la calle Rivadavia 2014

BOEDO y nuestra literatura social

—también el padre del poeta Carlos M. Grünberg era dueño de una relojería, instalada a pocas cuadras de la de don Ángel Riccio— o llevando los libros de contabilidad de la Confitería del Molino. Fue Riccio quien recomendó la mayor parte de los títulos lanzados por "Claridad" hasta 1925 y fueron de su pluma los prólogos y presentaciones. También se debió a Riccio la iniciativa de la colección **Los Poetas** y la publicación del primer libro de Alvaro Yunque, ese rumoroso y genesiaco **Versos de la Calle**, que alguien, sin el consentimiento del autor, había presentado a un concurso de la Editorial Babel y cuyo jurado, compuesto por Leopoldo Lugones, Rafael Alberto Arrieta y Arturo Capdevila no tomó en cuenta, inclinando sus preferencias por **El grillo**, de Conrado Nalé Roxlo, famoso en las tertulias de entonces por su chisporroteante maledicencia. El finísimo poeta iniciaba la brillantísima carrera que todos conocen. Yunque también. Riccio no llegó a integrar prácticamente el grupo de Boedo no obstante haber colaborado asidua y profusamente en las publicaciones de la editorial. Ni siquiera fue "Claridad" sino "Campana de Palo" quien publicó su primer libro. Minado por un mal incurable el autor de **Un poeta en la ciudad** realizó en 1925 un viaje al Paraguay de donde regresó tiempo después con los originales de otra colección de poemas **Gringo Puraghei** y la salud más socavada. Por ese entonces Pedro Juan Vignale y yo preparábamos los materiales de la "Exposición de la actual poesía argentina". A nuestro requerimiento nos hizo llegar poemas y un conato de autobiografía que no alcanzó a ver publicados pues falleció en la puerta de su casa el 6 de enero de 1927, dos meses antes de la aparición del libro. Una calle de Flores recuerda hoy su nombre. En esa calle residió algún tiempo el actor Roberto Escalada.

A fines de 1924 "Claridad" incorporó a sus colecciones una más: la Biblioteca "Los Nuevos". El primer título fue una reedición de **Tinieblas**, el vigoroso libro

de cuentos de Elías Castelnuovo que había merecido el espaldarazo de Roberto J. Payró y un premio municipal cuando los premios municipales levantaban más polvareda que una carrera de automóviles en un camino de tierra. Castelnuovo no tardaría en ponerse a la cabeza del grupo que se fue formando aluvionalmente como una provincia holandesa.

¿De dónde había salido el autor de **Tinieblas**, promovido de un modo fulminante a la notoriedad apenas publicado su primer libro? Por de pronto se sabía que era uruguayo, como Lucio V. López, como Horacio Quiroga, como no pocos de nuestros escritores representativos. Hijo de padre danés y de madre italiana —Carolina Serra— corre por sus venas sangre de Ahasvero, el judío errante. También él se sintió impelido desde muchacho a la existencia radia y difícil de los personajes gorkianos, a esos viajes a pie que recomendaba Fernando González, el lombiano, a los escritores que algún día utilizarían la pluma para contar lo que vieron con sus propios ojos y no a glosar experiencias ajenas. A los 14 años tenía recorrido el Uruguay de extremo a extremo, a los 20 buena parte de la Argentina, a los 25 el sur del Brasil. Castelnuovo conoció los oficios más inverosímiles, durmió en el tálamo de la miseria sin redención, en la selva, en la pampa, teniendo como telón de fondo la soledad más espantosa, allí donde la muerte es una cosa manuable y sin color. Y pudo, como pocos, levantar el acta de acusación a la sociedad, obstinada en aniquilar a los mejores. Antes de ponerse a escribir se había llenado el alma de hechos, de imágenes, de llagas. A los 12 años era aprendiz de buhonero en las calles de su ciudad natal. Luego fue linyera, peón de albañil, mozo de cuadra, peón de saladero, aprendiz de constructor, tipógrafo, linotipista.

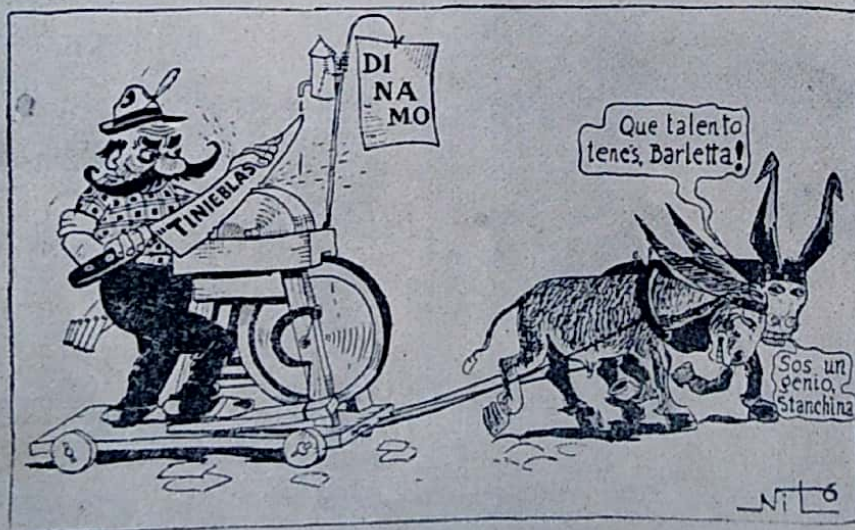
En las colecciones de "Los Pensadores" y de "Claridad", y en algunas otras publicaciones de ese tiempo —"Dinamo", "Izquierda", "Extrema Izquierda"— pueden rastrearse los centenares de páginas que

escribió para ubicar su verdad, que era la verdad de quien quería para sus semejantes, ante todo y sobre todo, un mundo mejor. "El pueblo, la carne viva del pueblo, solo figura en las estadísticas y en las crónicas policiales", escribirá en un suelto anónimo que servirá de declaración de propósitos de la Biblioteca "Los Nuevos". "Salvo las excepciones que apuntamos —Mariani, Yunque, Barletta, Amorim, Abel Rodríguez— nuestra literatura va de la calle Florida al Royo Keller, pasa por el Rosedal de Palermo y se acuesta en el Plaza Hotel. Con ventilador en verano, con estufa en invierno. Es una elucubración de frigorífico, producto de la poltronería nacional. Nuestra literatura no camina de a pie como la de Máximo Gorky; va en automóvil. Ella no va; la llevan como a un paralítico. Es una literatura sin sangre. Por ningún lado se le ven callos ni deformidades propias del esfuerzo y la contracción. Jamás se metió en las minas del interior y se ensució de grasa en los ingenios o se desgarró la piel en las cosechas. Jamás entró en un sindicato o en una fábrica. Jamás estuvo encarcelada por revolucionaria. Tras de ser pomposa y vacía, fue siempre parcial y conservadora. Nuestra literatura no vio jamás la tierra donde pisaba. Si hay quienes ignoran la vida nuestra, son precisamente aquellos que escriben la historia de nuestra vida".

Ramón J. Sander, el gran novelista de **Requiem para un Campesino**, nos decía cierta vez que si Cervantes hubiera escrito el Quijote para un concurso, le habría salido un hidalgo que diera la razón al cura en casa de los duques, que infundiera resignación cristiana a los galsotes, que cantara las glorias del rey y que acabara casándose con Aldonza Lorenzo. Claro está que Sander se refería a los concursos oficiales. Castelnuovo prefirió el orgullo creador a la humildad impotente. Un diario de la tarde, "La Montaña" organizó en 1923, un concurso de cuentos para su página literaria, dirigida por el poeta Juan Pedro Calou. El primer premio lo obtuvo Castelnuovo, el segundo fue para Manuel Rojas,

M A R T I N F I E R R O

Periodismo. - Acuse de recibo



Los heroicos propulsores de "Dinamo"



José Portogalo, H. Diparanto y Elías Castelnuovo

que después se radicó en Chile y realizó una carrera fulgurante, el tercero para Leónidas Barletta y el cuarto para Roberto Mariani. Hubo menciones para Alvaro Yunque y Julio Fingerit. Por aquel entonces Rojas, el autor de *Hijo de ladrón* trabajaba como linotipista en la misma imprenta y en la misma fila de máquinas que Castelnuovo, en La Editorial, de Rivadavia al 600. No se conocían entre sí. El concurso los acercó.

A Castelnuovo y a su grupo se les acusó de estar influenciados por la literatura rusa. Es curioso señalar que Raúl Ortiz, el originalísimo autor de *El hombre que está solo y espera*, afirmara en una autobiografía memorable que "Buenos Aires tiene algo de ruso, en resultados, con causas distintas. Yama, por ejemplo, es una novela argentina y lo son, asimismo, algunos pasajes de *Humillados y Ofendidos*. Esa similitud es en dirección de susceptibilidades, de recato. Aunque no me gustan los cientificismos, diría que el alma argentina es un producto químico, no físico de sus componentes. No ha conservado ninguna de las características de sus progenitores".

Lo que el grupo de Boedo asimiló de los maestros de la novelística rusa fue su capacidad de observación, su aptitud para consagrarse heroicamente a una vocación que no aparejaba más que sacrificios y decepciones, su manera de expresarse seca y directamente, en contraste con los que hacían equilibrios sobre el alambre de una literatura, según aquellos, lúdica y, muchas veces, criptográfica.

Los escritores de Boedo procedían de estadios sociales diferentes, encaraban el fenómeno literario de acuerdo con enfoques personales que excluían el sometimiento a principios irrevocables pero estaban ligados por un denominador común. Amaban al pueblo pero no lo adulaban. Lo interpretaban. Amaban la libertad pero no eran prisioneros de la libertad. Sus novelas, sus cuentos se limitaban a expresar una realidad sin inmiscuirse en el texto ni en la vida de sus personajes.

Sin embargo, no todos los boedistas venían de abajo, como quería Castelnuovo. Por ejemplo: Alvaro Yunque, otro de los pilotes mayores de Boedo. El autor de *Versos de la calle* nació en La Plata, ciu-

dad que su abuelo Angel Herrero, y su padre fundaron con Dardo Rocha. Los Herrero se encuentran afincados en el Río de la Plata desde antes de 1810. Su abuelo paterno, lombardo, vino a América perseguido por motivos políticos, por antiaustriaco. Estando aquí recibió una herencia y la dilapidó (como Florencio Parravicini quien, en cambio, era filoaustriaco...). Pertenecía a una familia de pintores y de militantes. También de locos. Su abuela materna recibió de su padre, allá por el 1905 o 1906, un millón de pesos en propiedades. El marido se encargó de liquidarlas. Algo de su familia pintó Yunque en su libro *Trece años*. En fin, su padre, un héroe del trabajo, llegó a hacerse una fortuna como arquitecto. Murió a los 48 años. Yunque, que todavía no era Yunque, sino Aristides Gandolfi Herrero, recién había cumplido los 17. Quedó la madre viuda, a cargo de siete hijos cuyos nombres —vaya a saberse por qué capricho onomástico— empiezan todos con la letra A. La casa de Yunque fue siempre la casa de todo el mundo, y cada uno de los hermanos tenía derecho a brindar hospitalidad a sus respectivos amigos, fuesen quienes fuesen. Uno de sus hermanos es el doctor Augusto Gandolfi Herrero, quien participó indirectamente de las actividades del grupo. Entonces era chofer de taxi y estudiante de medicina y hoy es un notable reumatólogo y poeta de bien timbrada voz a quien pocos sospechan embutido en el seudónimo de Juan Guijarro. Otro es el otrora popularísimo boxeador y hoy poeta de generosa vena popular, buen cultor del lunfardo, Alcides Gandolfi Herrero, que solía llenar de robustos atorrantes la casona de la calle Estados Unidos para entrenarse. Otro es el actor Angel Walk que durante tantísimos años formó pareja en la radiotelefonía y en el teatro con Olga Casares Pearson. Yunque estudió a tropezones cinco años en la Facultad de Ciencias Exactas. Comenzó a escribir a los 20, después de copiosas lecturas. "Desde el comienzo escribo para el pueblo", confiesa. Se hizo hombre de lucha porque —siempre un creyente es— ante todo, un hombre de fe, esa misma buena fe que más adelante le permitiría comprender que el problema de la cultura lleva siempre, en definitiva, el problema de la revolución.

BOEDO y nuestra literatura social

Esto no significa que a Yunque, ya escritor, le preocupase el problema social únicamente, lo mismo que a sus compañeros de ruta, en oposición al grupo de Florida, a quien preocupaba el problema estético, con exclusión de todo lo demás. Emmanuel Berl ubicó nítidamente el trasfondo de la posición al escribir: "El materialismo no implica en absoluto una preferencia de las cosas materiales a las espirituales, sino solamente la convicción de que las cosas espirituales, en último análisis se reducen a las materiales. No es que prefiera un buen plato de comida a un hermoso sueño: creo solamente que el hombre tiene en la actividad humana un papel más importante que el sueño y que antes de soñar el hombre tiene necesidad de comer". Esto no le impide a Berl, revolucionario, reconocer el genio de Claudel, católico. Tampoco el materialismo dialéctico impidió al grupo de Boedo tener preocupaciones estéticas y sentirse artistas del pueblo antes que militantes políticos.

Los más recalitrantes impugnadores de Boedo —o Boedowskaia, como decía zumbonamente Enrique Méndez Calzada, aludiendo a la rusotropía de sus **gros bonnets**— no pudieron negar la calidad y la originalidad de no pocos de los integrantes del grupo, de los de la primera hora, como Roberto Mariani, por ejemplo, el autor incisivo e incensivo de **Cuentos de la Oficina**, el primero en hablar de Proust entre nosotros, y de los que vinieron después, como Roberto Arlt, Salvador Yrigoyen y Miranda Klix, muertos en la plenitud del vuelo. Elías Castelnuovo y Enrique Amorin no tenían nada que envidiar a los autores americanos en auge, no solo por el vigor de sus descripciones sino por el juego deslumbrante de una prosa que calaba hondo y sabía sonreír, pintar, encenderse, en una escala diabólicamente inagotable de luces y contraluces. Barletta, que luego asumiría la dirección del Teatro del Pueblo, es un narrador comburente, premiado más de una vez en certámenes continentales. En una autobiografía publicada hace cuarenta años confesaba que el escritor que más había influido en su formación intelectual era Pio Baroja. José Salas Subirat que debutó en el grupo de Boedo con **Pasos en la sombra**, una novela que transfería al plano literario, por primera vez, los episodios de la famosa semana de enero de 1919, traduce el **Ulyses** de Joyce, empresa que ninguno de los escritores de Florida intenta. Salas Subirat tenía por aquellos tiempos, en sociedad con Héctor Pedro Blomberg, en la calle Entre Ríos 1581 una academia de idiomas y taquigrafía, luego se hizo técnico en seguros. Alguna vez dijo: "Escribir es cosa de perros, de perros rabiosos. Es el desquite, el último cartucho. Que muchas veces parezca una salva, eso, no tiene nada que ver. Se escribe con rabia lo que es preciso vivir. O lo que no se puede vivir". En cuanto a Aristóbulo Echegaray, J. Alvaro Sol, Salvador Marilino, José Sebastián Tallon, Luis Emilio Soto, Salvador Yrigoyen, José C. Picon, Juan Carlos Mauri, Lobodon Garra, José Portogalo, Abel Rodríguez, Manuel Kirs, Augusto Mario Delfino, Pedro Juan Vignale, Chas de Cruz, Salomón Wapnir, Santiago Ganduglia, Ramón Doll —inquietos, subinquietos y ex inquietos de Boedo— el crítico más exigente puede cosechar en su obra páginas antológicas, relampagueantes de atisbos y de imágenes. Auténticos escritores de vanguardia tenían una mentalidad liberada de supersticiones, incluso la estética, y estaban más allá de

todos los intelectualismos que han asimilado y resuelto en amor al pueblo.

¿Amor al pueblo o al arrabal?, se preguntaban los impugnadores del grupo, los que se reunían alrededor de Evar Méndez en "Martín Fierro". No hay que confundir vigor con camiseta sucia, clamaba Oliverio Girondo. El arrabal es como el mar: un elemento disolvente. Cansinos-Assens acudía en su apoyo recordándoles que en un principio pueblan el arrabal los descontentos de la ciudad, los espíritus precarios que no pueden soportar el grave decoro cívico, todas esas indeterminadas criaturas —escorias o primicias sin elaborar— que se escalonan triste o airadamente sobre la piedra de los aventinos. Luego va creciendo, se urbaniza, pero siempre conserva algo de la fisonomía de las zonas fronterizas, de las extensiones polémicas, de las lenguas de tierra que se hunden en el mar. Su trascendencia en la literatura está ampliamente probada. Las libre atelanas han nacido de los arrabales. El carro de Tespis erró largamente por ellos antes de asentarse su escena en las metrópolis. Los filósofos cínicos, los que han dicho las palabras más fuertes en filosofía, aunque se reclinaban en los pórticos áticos eran hombres de arrabal, y Diógenes Laercio nos los muestra comiendo en los bodegones extraurbanos. Los cuentos milenarios tenían toda la desenfadada pasión de los arrabales. La sátira de Juvenal descendió a los suburbios para ver los lúbricos horrores que anatematizaba. La vida antigua se hace extraordinariamente viva y hervorosa en los suburbios, donde bulle la plebe que Cicerón contempla con togado desdén desde su atrio circundado de hermes; la plebe sin aras, sin dioses, que vive **more ferarum**, sin santidad en los concubitos. En los arrabales de Roma, de Bizancio, de Alejandría se vivían las mismas historias execrables que en los arrabales de Moscú y de Petrogrado de tantas novelas rusas en que los apóstoles iluminados, los profetas ácratas, conviven con las pobres pecadoras marchitas. En todo tiempo, insiste Cansinos, la literatura se ha hecho más viva y libre por su contacto con el arrabal, y allí ha encontrado sus temas más vigorosos. El arrabal tiene un alma rebelde y heterodoxa que rechaza toda conveniencia. El arrabal es el refugio de las supersticiones últimas y de las nuevas utopías. La tradición democrática del arrabal se manifiesta luego en los rines sangrientos del Terror. Del arrabal han salido las gorgonas revolucionarias y de él salen después los estandartes negros de las reivindicaciones sociarias. Esta alma demagógica y rebelde, esta pintoresca alma vivaz de los arrabales, se transfiere en la literatura. En el Talmud, las anécdotas más libres, las cómicas disputas entre los doctores, son rasgos de la vida de los arrabales, donde aquellos sabios, que al par son artesanos, tienen sus academias y sus talleres. El arrabal tiene su magnificación literaria en Víctor Hugo, en Balzac, en Sue, en Zola, en Calet. Y también fueron hombres de extramuros Rabelais, Cervantes, Quevedo, Shakespeare, Villon. La novela urbana se ensancha inesperadamente al llegar al arrabal, se llena de una larga bocanada de aire. La más reciente modalidad novelesca: la novela policial, es en gran parte una novela de arrabal; porque es en el arrabal donde se hallan los refugios misteriosos, las viviendas que, como los castillos antiguos, tienen salidas ignoradas; las tabernas con trampas, y las lanchas ágiles preparadas para las fugas; y en el arrabal

Aviso Fúnebre



Martin Fierro

PERIÓDICO DE LA BRILLANTE
JUVENTUD DE LITERATOS ARGENTINOS

Q. E. P. D.

Falleció confortado con los auxilios del "Palacio del Libro" y la bendición del Proleta Lugones. Sus padres, Evar González Méndez y Oliverio Girondo, sus hermanos Proa, Inicial, (ausente) Eldorado (ausente) los cubistas, dadaístas, ultraístas y otros genoveses; los poetas remonones, jazz-bandistas, diáfanos, termométricos y calendáricos; las exquisitas Norah Lange y Nydia Lamarque, los literatos de Florida, Ramón Gómez de la Serna por los lelos españoles y demás deudos, invitan a sus relaciones a dar piadosa sepultura a los descarnados restos del estiano.

El duelo puede despedirse en cualquier forma.

Casa mortuoria: Bustamante 27. Servicio fúnebre de "LOS PENSADORES", Independencia 3531. (La casa no tiene sucesión).

NOTA: Se ruega no enviar coronas.

son posibles esos lances fantásticos en que el novelista muestra su fácil taumaturgia. La representación más acabada del arrabal estuvo en el libre modo de hacer y en el ensañamiento vital de los escritores de Boedo con su desdén por la divisa del arte por el arte, tan inocua como la del aire por el aire, su odio a los cerros, al estéril virtuosismo de los saltos ornamentales y su libre amor desmesurado a la verdad de la vida.

Boedo fue, en definitiva, el arrabal que irrumpió en la ciudad, con sus angustias, sus frustraciones, sus padecimientos, sus rebeldías y, también sus esperanzas. El arrabal fue siempre el cálido refugio de las nuevas utopías. Creo que fue Borges quien llamó a Almafuerte un profeta arrabalero olvidando que también Lutero, Calvino, Nietzsche, Huysmans, James Joyce, León Bloy, Dylan Thomas y tantos otros fueron hombres de arrabal.

Para que nada faltara a su mitografía Boedo tuvo también su Egeria. A través de esta reseña el lector habrá advertido que el grupo estaba totalmente integrado por hombres, como si el amor por la humanidad que proclamaban con sus plumas excluyese su amor por las mujeres, como si la única compañera posible fuese la Revolución, con mayúscula. Sin embargo un nombre de mujer entreveró sus sueños con los soñadores de Boedo. Que la virginidad de la mujer sea una de las condiciones favorables para la perfección de la vida espiritual fue ya prolijamente demostrado en los antiguos manuales de ascética y de mística. Pero la historia nos enseña otra verdad, mucho más extraña. Las vírgenes tuvieron muchas veces una influencia singular aún en las cosas políticas. Catalina de Siena logró reconducir al Pontífice a Roma poniendo fin a la llamada esclavitud de Avignon. Juana de Arco supo destruir el complejo de inferioridad de su pueblo, logró vencer a los extranjeros y hacer coronar al Delfín. Elizabeth de Inglaterra debió mucho de su sorprendente prestigio sobre las naciones, según opinión de los propios historiadores ingleses, al hecho de no haber querido nunca ni marido ni amante, gobernaba por una repugnancia instintiva a la servidumbre del sexo. Por su parte, en Francia, tuvo una enorme popularidad Luisa Michel, conocida por el nombre de la Virgen Roja, que fue alma y bandera de muchas revueltas. La virginidad que testimonia un dominio nada común sobre los instintos más naturales de la criatura humana, quizá tenga su compensación en la posibilidad de dominio sobre la imaginación de los hombres. Quien ha sabido rechazar dispone de más fuerzas para vencer los rechazos de los demás.

Pero la Deborah de Boedo, si bien virgen, apareció reconociendo que practicaba el más antiguo de los oficios. Se llamaba Clara Beter. Nadie le vio nunca. Un poema suyo publicado en la revista que prohijaba al grupo de Boedo lanzó su nombre a la notoriedad de un modo fulminante. "Por esos versos escribió Alberto Zum Felde, maestro de críticos, en "El Día", de Montevideo, sea acaso redimida de su infamia que es la infamia de la sociedad entera, cuyo monstruoso egoísmo la ha condenado a remar en las galeras trágicas del vicio, en el viraje largo a través de los ríos negros de la noche, fosforescentes de luces eléctricas. Desgarradora tragedia la de esa alma de mujer, hondamente sensible y fuertemente intelectual, presa de la infamia del comercio sexual, envuelta en la túnica de Neso del vicio errante y mercenario, arrojada al margen oscuro de los detritus humanos". Meses después aparecía el libro de la tal, titulado **Versos de una...**, con un prólogo firmado por R.

Chaves, seudónimo de batalla de Elías Castelnuovo. Sus ediciones se multiplicaron. Georg H. Nauendorff tradujo los poemas al alemán. El poeta Roberto Ibañez, actual director del Archivo Literario Nacional del Uruguay, le dedicó un estudio en "La Pluma", de Montevideo, Alberto Guillén, el peruano diabólico de "La linterna de Diógenes" otro en "Repertorio Americano", de San José de Costa Rica, el perspicuo Rómulo Meneses escribió en Lima un ensayo que puede leerse en su libro **Nuestra unidad y otros panoramas** y en el cual caracterizaba a Clara Oster con estas palabras: "Una mujer que el duro pleito de la vida hiciera caer hasta las bajas sentinas del vicio, redimida por sí misma, por su talento y la propia religión de sus sentimientos, nos dice ahora en sus versos y recuerdos, el dolor quemante de los lupanares, ese dolor ahogado en la vergüenza del mal vivir y aplastado por la torpeza de todas las infamias sociales. La prostitución ha dado un hermoso brote espiritual con Clara Beter, contradictorio loto azul de la manisma".

La curiosidad suscitada por la aparición del extraño personaje fue extraordinaria. A la editorial llegaban cartas de los lugares más increíbles de América, cartas en las que se expresaba su solidaridad con la autora de **Versos de una...** Algunos, en su afán redentorista, le hacían ofertas de matrimonio, piadosamente dispuestos a salvarla, a barrer su pecado, a proporcionarle una vida tranquila, cuadrículada y burguesa. "Claridad" alcanzó a anunciar una novela y a publicar el primer capítulo. La novela se llamaría simplemente **Una**. Pero el misterio que rodeaba a la identidad de la autora aparecía impenetrable. Clara Beter había dado como domicilio el de una casa de pensión de la ciudad de Rosario. El desfile de curiosos, admiradores y abribocas era incesante. Pero la poetisa no se dejaba ver, abroquelada en un hermetismo que multiplicaba el interés de los que andaban en su búsqueda. Una infidencia develó el misterio. Clara Beter no existía. Se trataba de la patraña urdida por el más joven de los integrantes del grupo que alternaba simultáneamente, con una ubicuidad digna de San Antonio de Padua, las troneras de Boedo y de Florida. Cuando se enteró del engaño el prologuista del libro, publicó un artículo seña-

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION UNIVERSAL

ANATOLE FRANCE



Año I. :: JERONIMO CRAINQUEBILLE :: Núm. 1

LOS JUECES INTEGROS :: GARDUÑO

LOS TRES RELATOS MÁS NOTABLES DEL MÁS GENIAL DE LOS PENSADORES CONTEMPORÁNEOS.

0'20ct

CADA

FOLIO

BOEDO y nuestra...

lando que todos habían sido defraudados pues la tal prostituta había resultado un **prostituto**. El prostituto era yo. Lo que nadie sabe es que la persona que transcribía con su pasmosa escritura, idéntica a la de Alfonsina Storni, los versos y las cartas de Clara Beter desde su amagatorio rosarino era Manuel Kirschbaum, el autor de **Las diversiones exasperadas** y otros libros injustamente silenciados y actual Presidente de la Sociedad Argentina de Grafología.

Claro que los defraudados no habían leído a Platón que atribuyó a Sócrates, bastantes siglos atrás, la siguiente afirmación: **Un poeta, para ser un verdadero poeta, no debe componer discursos en verso, sino inventar ficciones**. Mi alter ego no hizo otra cosa. Zum Falda, siempre ecuánime, al tanto de la patraña, volvió a escribir sobre el tema. Y dijo, entre otras cosas: "Estamos dispuestos a perdonar al funembulesco autor de la broma pirandelliana de que hemos sido objeto en gracia al talento puesto en la superchería". Nadie quería recordar que todo artista aloja siempre por su inclinación al cultivo de la forma algún ingrediente femenino y que ya antes de Clara Beter el peruano José Galvez había inventado a Georgine Hübner, el salvadoreño Raúl Contreras a Lidia Nogales y el argentino Mateo Aristóbulu Echegaray —que así firmaba en los años de su iniciación literaria, a Lidia Matilde Gay, si bien ninguna de esas criaturas, creadoras a su vez, ejercieron literariamente también como Clara Beter, el oficio que las malas lenguas de su tiempo atribuían a Safo...

En 1941 Camila Quiroga la gran actriz entrerriana, llevó a escena una farsa dramática titulada **Clara Beter vive** en la que el autor de la tramoya se permitía corporizar las posibles derivaciones de la misma, postulando de paso una especie de metafísica de la irresponsabilidad. ¿El ser es lo que es porque hace lo que hace o hace lo que hace porque es lo que es? La vida de una ficción —o la ficción de una vida, hecha carne, asumía en el drama el perfil de una aventura auténticamente vivida. La mistificación, como la pobreza, sirve para medir a las gentes. Por otra parte engañar, según el Diccionario de la Lengua, significa también: producir ilusión, como acontece con algunos fenómenos naturales. Y el mundo quiere ser engañado —**mundus vult decipi**— sostuvo muchos siglos antes que nosotros al cardenal Carlo Caraffa. Pero los realistas de Boedo no compartían la opinión del legado pontificio ante Enrique II, rey de Francia. Su realismo no se conciliaba con la superchería. Siempre creyeron que condescender era descender dos veces y no quisieron complacer al mitógrafo. Pero ya dijo Oscar Wilde que es más fácil destruir un pueblo que un mito y Clara Beter, a pesar suyo, vive indisolublemente ligada al mito de Boedo. Uno de los mitos más comburentes de nuestra historia literaria.

Los soñadores de Boedo pertenecieron a una época de conciencia desdichada —si hemos de emplear una fórmula grata a los hegelianos—, vale decir que sufrían por un sentimiento de división. Eran escritores pobres —no pobres escritores— que se encontraban en las filas de los desposeídos pero que no aspiraban pertenecer a la clase de los poseedores. Por supuesto que, a pesar de la virulencia de algunos brulotes, la sangre no llegó nunca al río. Cuando los de Florida ametrallaban a los



Enrique Amorin

de Boedo desde el obituario de "Martín Fierro" con sus divertidos y, a veces, despiadados epitafios, los de Boedo reaccionaban echándoles en cara la condición de **niños bien** de muchos de ellos. Entonces Oliverio Girondo, cuyo talento nadie ponía en duda— hijo de un italiano riquísimo, vivía de rentas, recorría Europa aupado a sus millones y ayudaba a Evar Mendez, un poeta mendocino con funciones en la Presidencia de la Nación, a sostener su periódico. Ricardo Güiraldes —que tenía la alegría de los santos, y su bondad— era señalado como "el hijo del estanciero", pero Roberto Arlt, que no perteneció prácticamente al grupo de Boedo —colaboró una sola vez en la revista con un cuento en que se metía ferozmente con la familia de su primera esposa— si bien venía de vez en cuando a la redacción de "Los Pensadores", no permitía que en su presencia se hablara mal de aquel. Por ese entonces tenía tres devociones: Güiraldes, Nalé Roxlo y Castelnuovo. Nalé era el autor de la mayor parte de los sangrientos epitafios de "Martín Fierro". También Borges era blanco de las invectivas de los francotiradores de Boedo, vivía en casa de sus padres, en un palacete de la Avenida Quintana 222 y estaba bien lejos de las penurias económicas que mucho más tarde lo forzaron a aceptar un ínfimo empleo en una de las bibliotecas municipales de la capital. Otro de los "oligarcas" de Florida era Sergio Piñero, el fino prosista de **El puñal de Orion**. Los demás no eran hombres de fortuna si bien a efectos de justificar las arremetidas, los impugnadores se las atribuían generosamente... Brandán Caraffa, el poeta de los **Secretos de la Torre Eiffel**, se desempeñaba como Fiscal de lo Civil en la ciudad de San Juan, Horacio Rega Molina, a quien había dado el espaldarazo Leopoldo Lugones desde "La Nación", era jefe de celadores en un colegio nacional y se iniciaba como periodista en "Crítica", Córdoba Iturbure era secretario del Conservatorio Nacional, Eduardo González Lanuza —que escribiría muchos años más tarde la historia del grupo "Martín Fierro"— se desempeñaba como químico de la Cervecería Quilmes, Leopoldo Marechal era maestro de escuela, Nicolás Oliveri que debutó en Boedo con su famoso poema **Al antiguo almacén, A la ciudad de Génova** y no tardó en pasarse

con armas y bagajes a Florida, después de un sonado incidente, hacía periodismo en la vieja "Crítica" de la calle Sarmiento 1546, Andrés L. Caro, un poeta iluminado a quien los italianos llamarían crepuscular, tocaba el violín en una orquesta de café y Lizandro Z. D. Galtier quien no obstante haber nacido en Pigüé, escribía solamente en francés —y muy bien— iniciaba su carrera de funcionario público. Eduardo Keller Sarmiento y Raúl González Tuñón, trotamundos consuetudinarios aparecían y desaparecían sin que nadie, ni sus más íntimos, atinaran a ubicarlos. Lo que sí sabían todos es que ninguno de los dos era millonario...

El tiempo no tardaría en limar las asperezas y atenuar las iconomías. Años después Castelnuovo hablaría en un salón de la calle Florida, presentado por Tomás de Lara —que siempre supo conciliar a los contrarios sin contrariar a los concilios, y Evar Mendez, director de "Martín Fierro" celebraría —en una conferencia dictada en la Facultad de Filosofía y Letras, "la jerarquización operada en las masas obreras y campesinas y la importancia del elemento social y la lucha de clases en la literatura de creación".

Oportunamente quedó señalado que uno de los mayores méritos del grupo aglutinado alrededor de "Claridad" fue haber dado resueltamente la espalda al cromo abigarrado y exótico de una América de museo. Nada de arreos suntuarios, vestimentas versicolores y golpes tétricos de caja. América y Argentina debían ser los órganos de una cultura destinada a enriquecer al sentido del mundo combatiendo el rastacuerismo literario y artístico que nos imponía la ociosa curiosidad cosmopolita, y ayudándonos a adentrarnos en la fibra profunda de nuestro ser original.

Boedo no fue una república de lobos. Fue una isla de menstrales y profetas de una crisis histórica, excepcionalmente fecunda en derivaciones positivas, una fortaleza de hombres de pensamiento a prueba de tentaciones y claudicaciones. **Hypotheca** es una palabra griega que significa sometimiento o dependencia. Los hermas y epígonos de Boedo combatieron toda forma de esclavitud, se adelantaron a nuestro tiempo, deshipotecaron nuestra literatura. Lo demás, como decía Disraeli, es paisaje.